

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Lágrimas, risas y amor



Sigo dedicando lo mejor de mis neuronas a pensar la respuesta que tengo que darle a Santiago Creel. Hoy no, hoy dedicaré mis afanes a

asuntos menos metafísicos y más mundanos.

De primeras (así decía mi nana Aurora) quiero derramar una lágrima por Beto "El Boticario" y no quiero que me digan cómo se llamaba realmente, porque para mí realmente se llamaba Beto el Boticario.

Hace mucho tiempo surcaba yo la adolescencia convencido de que la vida era un sinsentido absurdo. Estaba en mi fase de "lobito estepario" y todo era terrible y amenazante. Entonces alcé la mirada y en la pantalla del televisor estaba Beto el Boticario, un ser infinitamente lleno de gracia. Creo que él fue parte muy principal de mi redención. Mirándolo a él y a las locuras que hacía, entendí que se puede ser lobo estepario, pero también se puede ser Beto El Boticario y con esto dejamos de ser el plomito que éramos para familiares y amigos y nos convertimos en distribuidores de luz. Me molesta mucho que se haya muerto uno de mis espíritus tutelares, pero mucho más me molestó la muerte adelantada que le infligió la televisión mexicana. Yo creo que Dios dijo: y ahora voy a hacer un bonito experimento y ¡zaz! se murió Beto (algún día nos será dado el en-

tender el humor y la ironía de Dios).

Cambio vertiginoso para que ustedes mis amados lectores y su Charro Negro compartamos la creciente zozobra que nos va haciendo sentir la Ciudad de México que se está hundiendo por todos lados al punto de que ya llego a creer que cualquier día se hundirá cualquier parque y los niños que ahí brincaban tengan una bonita caída libre de 45 metros, lo cual no es necesariamente grave, pero sí será un síntoma de que nuestra ciudad fue planeada por un ingeniero que seguramente ya se peló (en todos los sentidos de la palabra) y que no calculó bien las cargas. Es eso o que la ciudad esté construida sobre cascarones de huevo que comienzan a dar de sí. El caso es que los mexicanos tenemos una aflicción más y una razón más para vivir en esa perpetua alerta en la que ya de por sí vivimos los aztecas y tribus circunvecinas. Por lo visto, no basta con la angustia que ya traemos de no haber pagado el predial, de sentir que nuestra chamba pende de un hilo que cada vez se adelgaza más, de caminar por las otrora pintorescas calles de la Ciudad de México con el miedo mayúsculo de pisar recio en un lugar incorrecto, la tierra se abre bajo nuestros pies, nos deglute y ¡adiós, Nicanor!; esto si no hemos sido previamente secuestrados o desvalijados por la banda de los Fius-has que operan por toda la ciudad, o fulminados por unos tacos de canas-

ta que tenían su letrerito que decía "Higiene Absoluta". Así están las cosas: yo tengo un peligro nuevo/ que quiero estrenar contigo, ¡y órale!

A lo mejor no viene a cuento, pero los Pumas hemos dedicado estos días a recordar al Ing. Guillermo Aguilar Álvarez, un ser inteligente y generoso que se consagró a edificar esa sólida estructura que es nuestro equipo de fútbol que hoy, a pesar de sus magros medios, es campeón de México. El Ingeniero nos enseñó a ser campeones.

Lágrimas y risas. Falta el amor que hoy y siempre está dedicado a Jacqueline Bracamontes, la única presencia en nuestra actual pantalla televisiva que realmente me enamora. La veo y me dan ganas de navegar por sus ojos y descansar en su sonrisa.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDCII (1802)

Fue conmovedora la presencia de Nelson Vargas en las pantallas televisivas. Es urgente terminar con las luctuosamente famosas bandas. Queremos vivir contentos y en paz; esto es lo que importa, esto y no la noticia de que a algún cerebro recalentado se le haya ocurrido lo de las nuevas credenciales. Por cierto, ¿en cuánto nos van a salir y quién será el ganón en esta maroma?.

Cualquier correspondencia con esta columna que es otro bonito experimento, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

